

# SERMON

PARA LA

## SOLEMNE RENOVACION DE VOTOS

DE LAS

### RELIGIOSAS URSULINAS.

---

*Vovete et reddite Domino Deo vestro.*

Haced votos y cumplidos al Señor Dios  
vuestro.

(Salmo LXXV, vers. 12.)

El sacrificio es el acto exterior más solemne que tiene la Religion. Consiste aquél esencialmente en tres partes principales, que son: la oblacion, la inmutacion y la consumcion de la hostia; su significacion es el pensamiento más grandioso que puede ocupar la mente del hombre, pues en él se protesta públicamente el supremo dominio del Criador sobre todos los séres visibles é invisibles, y la sujecion que debe profesarle toda criatura.

Otro pensamiento más bello y sublime apénas se encuentra en toda la série de las ideas humanas; y no es extraño, porque ésta debe su origen á la Divinidad, que inspiró al hombre la Religion y le enseñó en la revelacion cuál era el fin del sacrificio. La adoracion del Sér divino es el gran objeto de todas las oblaciones, de todas las postraciones, de todas y cada una de las ceremonias y de los ritos con que se ofrece al Señor el sacrificio.

Despues que el hombre ha pecado, el fin primario del sacrificio ha tenido que ir acompañado de otros fines, pues se ha debido postrar el hombre ante las sagradas



aras, ora para alabar á su Dios, ora para aplacarlo, y casi siempre para tenerlo propicio. De modo que el sacrificio, en su primer origen, ha sido puramente latrítico, es decir, sacrificio de adoracion, de alabanza, de bendicion, de accion de gracias al Supremo Hacedor y conservador de cuanto existe; porque el hombre en el estado de la inocencia no podia ofrecer al Señor otro género de sacrificio, teniendo la amistad de Dios, y no habiendo motivo de temer sus iras por estar en perfecta caridad: tan sólo en el estado de la naturaleza viciada pudiera el sacrificio ser expiatorio, porque la expiacion es el resultado del crimen.

Al plantear en la tierra su nueva ley Jesucristo, no sólo condenó los antiguos sacrificios del paganismo, como contrarios á la adoracion de la Divinidad, sino que anuló para siempre los holocaustos de la ley escrita, como que eran sombras que desaparecian por su propia virtud al salir el sol de la gracia. Jesucristo, para presentar al género humano el modo de adorar á su Eterno Padre en espíritu y verdad, instituyó un sacrificio purísimo y de infinita virtud y eficacia, que fué el de su Cuerpo y Sangre, inspirando á los hombres al propio tiempo la idea sublime de otro sacrificio espiritual y místico, por el que el hombre se inmolase á sí mismo en las aras del amor divino: y era de tan alta importancia este sacrificio, que Jesucristo lo erigió como el preliminar de cuanto queria enseñar á los hombres, y como el cimiento sobre que iba á fundar su sociedad santa. Este sacrificio está cifrado en la abnegacion que debe el hombre hacer de sí mismo, tomando la Cruz de Jesus y llevándola cada dia con Él, hasta que el alma llegue al monte del sacrificio y se mude en otro sér distinto del que era por la culpa, quedando toda conforme á su divino prototipo.

El Salvador no quedó defraudado en sus deseos, y los hombres correspondieron á sus divinas inspiraciones. El

Apostolado fué el primero que obedeció al llamamiento de Dios, y á su ejemplo muchos miles de almas se han ofrecido en holocausto de amor á su Criador. Sí: la vida del cristiano verdadero no es más que un sacrificio perenne que hace de sí mismo; sacrificio de su amor propio; sacrificio de los deseos mundanos; sacrificio de las malignas tendencias de la carne.

Voy, pues, á hablaros de este sacrificio místico, en que el hombre, sin reservar para sí nada de su compuesto, consagra al Sér divino el alma con todas sus potencias, el cuerpo con todas sus sensaciones. Habeis hecho una vez este sacrificio pública y solemnemente, y hoy venís á ratificarlo en presencia del Señor; y yo, tomando á mi cargo las funciones de ministro de esta oblacion, os diré primero con el santo rey David; «Prometed al Señor y cumplid vuestros votos todos los que os presentais ante sus aras con dones y oblaciones.» *Vovete et reddite Domino*, etc. Y siendo esta renovacion una nueva consagracion que haceis de todo vuestro sér, ocuparé en segundo lugar vuestra atencion religiosa con la explicacion de esta verdad: «La profesion religiosa es un sacrificio místico con que se consagra el alma á su Dios.»

Pidamos la gracia por la poderosa mediacion de María Santísima, saludándola con el ángel.

#### AVE MARÍA.

Hay en la vida humana un dia solemne, en que el hombre es conducido á las puertas del santuario acompañado de sus deudos y amigos, y al llegar al sagrado dintel es detenido, sin permitirle dar un paso adelante, como á profano, como á indigno de tomar parte en las sagradas solemnidades; como á inmundo, á quien no es lícito acercarse á la mansion donde habita Dios, que es la pureza por esencia. Allí se arrodilla como un penitente; allí



llora como un desgraciado; allí pide una gracia, la gracia de la fé, la gracia de la vida eterna. Así postrado, sale á su encuentro el venerable ministro del templo, y dirigiendo sus oraciones al Sér divino, conminando con su virtud al enemigo, y encomiando en seguida las grandezas de los favores que se piden, la gratuita dignacion divina se dirige al suplicante y le manda que éntre en el santuario, para que empiece á tener parte con Cristo en la vida eterna. Este dia solemne es el del bautismo.

Quien medite sériamente en todas las palabras que en aquel acto solemne ha pronunciado, no podrá ménos de estremecerse en sus infidelidades al Señor. Antes de concedérsele al hombre la gracia que suplica, se le ha preguntado si renuncia á Satanás, y ha respondido afirmativamente; si detesta todas sus obras; si abomina todas sus pompas, y á todo ha respondido que sí; y apenas ha pronunciado estas palabras, es lavado de todas sus inmundicias, es revestido con la blanca estola de la inocencia, es agregado á los que tienen parte en la eterna salud y contado entre los hijos de Dios, y queda consagrado al servicio del Altísimo. Las consecuencias de esta solemne promesa que hace el hombre de renunciar á Satanás y á sus pompas, son de la más alta importancia. Vivir con arreglo á las máximas de la fé, no fijar su corazon en los bienes transitorios del mundo, sino esperar siempre en la retribucion eterna, amar á Dios con toda su alma, con todo su corazon y con todas sus fuerzas: hé aquí la pauta de los deberes que el hombre jura al pedir la gracia al Dios que gratuitamente lo redime de la esclavitud del pecado.

Si no observase estos deberes, será un perjuro, un apóstata y un criminal; la obligacion que ha contraído es de renunciar, no sólo con la lengua, sino con las obras; no con el sonido de los lábios, sino con la eficacia de los hechos, como dice el sublime Agustin. Es

este el primer sacrificio que hace el hombre de sí mismo, si acaso podemos decir justamente que hacemos un sacrificio, cuando renunciamos lo que nos es dañoso y perjudicial; y ciertamente, amados míos, el sacrificio ha de hacerse presentando á las aras una hostia pura, perfecta, y, como se explicaba el Profeta, hemos de ofrecer al Señor, no la víctima ruin y enflaquecida, sino la más luciente y perfecta. Cuando el hombre se presenta á las puertas del santuario por primera vez á pedir la regeneracion, se acerca cargado con la lepra del pecado; es una víctima inmunda; pero Dios derrama sobre ella las aguas de la gracia, y en un sentido lato podemos decir que el dia de nuestro bautismó es el dia en que nos ofrecimos á Dios en sacrificio, porque en él consagramos al Señor todas nuestras afecciones y renunciamos á todas las obras pecaminosas.

Mas, por lo que arroja de sí esta sucinta enumeracion de las gracias de la regeneracion, se advierte que al renunciar el hombre á las pompas y vanidades del mundo, tiene por mira principal su propio bienestar eterno. Promete el hombre no pertenecer á Satanás ni á sus obras; pero le queda siempre en todo vigor su voluntad, se le reservan los bienes temporales, se le conservan sus derechos, los derechos que Dios le diera al criarlo. Cuáles sean éstos, nos lo enseña el profeta Rey con estas palabras que dirige á Dios, admirándose de su dignacion hácia el hombre: «¿Quién es el hombre, le dice, que te acuerdas de él, ó el hijo del hombre, pues lo visitas? Poco menor lo hiciste que los ángeles; le coronaste de honor y de gloria, y lo constituiste sobre las obras de tus manos. Todas las cosas sujetaste debajo de sus piés, las bestias de la tierra y las aves del cielo.» Sí; cuando Dios cria al hombre le da el usufructo de todos los bienes terrenos, y al regenerarlo en la gracia primera, le quedan salvos todos los privilegios que se le concedieron en



la creacion. Rey de todos los séres animados y visibles, Dios no le quita el imperio que una vez le diera, y sólo añade á la púrpura la blanca túnica: aquélla es emblema de su dominio, ésta de su inocencia. Señor de sí mismo, le quedan incólumes sus derechos, y sólo se compromete á arreglar su voluntad y subordinarla á la divina. Con tal que camine el hombre por la senda marcada, tiene todavía accion para escoger lo que más le agrade para pasar esta vida, haciendo su voluntad en todo, y no debiendo dar cuenta de sus obras sino al Juez Supremo. No poniendo su corazon en las riquezas, ni poseyéndolas como un fin, sino como un medio, puede ser tan opulento como un Salomon y tan santo como un David; puede tambien usar de los placeres lícitos y honestos, dando á su cuerpo los regalos que le permite la ley de Dios.

Esta es, amadas hermanas, la vida del cristiano, comun y ordinaria: en ella es fácil salvarse, pero es difícil llegar á la virtud heroica, á la perfeccion sublime del Evangelio. Así respondió el Salvador al jóven que le preguntó sobre los medios de salvarse: «Si quieres, le dice, entrar en la vida, guarda los mandatos...; mas si quieres ser perfecto, ve y vende cuanto tienes y dalo á los pobres, y ven y sígueme.» En vano nos detendremos en buscar comentarios para estas palabras del Salvador, cuando Él mismo las ha expositado con su sabiduría divina. Para llegar á la perfeccion evangélica, es necesario hacer sacrificio de todo lo que encanta y deleita nuestro corazon. Hé aquí cómo el mismo Salvador nos lo enseña con este razonamiento admirable: «Yo vine, dice á sus discípulos, no á meter paz, sino espada, porque vine á separar al hombre contra su padre, y á la hija contra su madre, y á la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán sus propios deudos. El que ama á su padre ó madre más que á mí, no es digno de mí; el que ama á hijo ó hija más que á mí, no es digno de mí; y el

que no toma la cruz y me sigue, no es digno de mí.»

¡Ah! No podia darse en compendio una doctrina más amplia sobre la profesion de la vida religiosa, sobre el sacrificio que hemos de hacer al Señor consagrándole lo más precioso que tenemos. Si queremos buscar el origen de los Institutos religiosos, no vayamos á otra fuente que esta: los primeros hombres que en la ley evangélica han vivido en forma comun son los Apóstoles, y su pauta de vida fué la renuncia formal de cuanto tenían y de cuanto podian adquirir; despues de esta renuncia de los haberes mundanos, seguíase la renuncia de otro bien más grande y cuantioso, que era el de su propia voluntad, refundiéndola en la voluntad ajena, en lo que consiste la perfecta abnegacion. En conclusion: debia adoptarse la mortificacion del cuerpo, dominando sus apetitos, y sujetando sus pasiones, para que la carne no se rebelase contra el espíritu. Este grado de heroismo no lo prescribe el Evangelio sino á los que con toda constancia quieren caminar á la perfeccion: les exige sacrificios, pero sacrificios heroicos. ¿Y qué otra cosa es la profesion religiosa?

En este sacrificio nada se reserva el hombre para sí mismo, pues se entrega en un todo al Señor, prescindiendo de que los bienes mundanos son para él lo que eran para el divino Pablo: polvo y cieno. Si algo encuentra en ellos de útil para la vida, todo lo consagra por el voto de pobreza. Basta para el alma así consagrada tener lo que es estrictamente necesario para pasar la vida; un simple ropaje con que cubrir el cuerpo; un alimento parco con que sostenerlo; un lecho nada regalado en que descansar; en fin, más filósofo que Sócrates, que aborrecia las riquezas por ostentacion, podrá decir con el Apóstol: «Yo llevo sobre mí todas mis cosas.» *Omnia, mea mecum porto*; contentándose con aquello que tenga, sin apetecer otro bien que á Jesucristo.

¿Cuál no es el heroismo que hay que desarrollar para